



Rafael López Castro

*Vestida del sol* con texto de Roger Bartra, México, Era, 2006.

Antaño nombrada “Dulce imán de los afectos de los mexicanos”, hoy en día la virgen de Guadalupe conserva esta propiedad muy suya de atraer y juntar; su magnetismo traspasa condición social, geografía y tiempo. Sólo así se explica la profusión de imágenes que la recrean a lo largo de los siglos y en todos los materiales posibles.

En la calle, *Vestida del sol* la halla Rafael López Castro —laico guadalupano de oficio diseñador gráfico y fotógrafo—, quien por años emprendió el registro de cientos de murales diseminados por los cuatro rumbos de la Ciudad de México y algunas otras entidades. Efímeros en muchos casos o cambiantes por obra del desgaste y el retoque, estas piezas se perderían de no ser por la devota intención de su rescate por medio de la fotografía y su difusión a través de este libro.

Un sinfín de versiones acuden a la imagen original para repetir los inconfundibles rasgos iconográficos: una virgen encinta, un manto estrellado, un resplandor y una mandorla; otros elementos como las rosas del milagro, el ángel y la luna a sus pies o la corona de Reina de México y Emperatriz de América son opcionales, pero en todo caso las soluciones en forma y color arrebatan la

mirada y cumplen con varias funciones: honrar a la virgen pintando su imagen, gozar de su presencia y atraer su amparo y protección.

Aterrizada en el barrio, esta es la deidad más cercana, la que vive entre nosotros —transeúntes, parroquianos, vecinos— y sabe de pequeñas alegrías o grandes infortunios, y conoce de las carencias y peligros que acechan a la vuelta de la esquina; es la que no requiere sino flores y un gesto, y tan gustosa vive frente al estanquillo, el puesto ambulante y la parada del camión.

Recopilada con un ojo tan educado como instintivo como el de López Castro, la Morenita posa a solas o en compañía de sus fieles, acepta el *close up* y casi guiña sabiéndose mirada entre postes, señales, anuncios y malezas.

El título *Vestida del sol* hace referencia a la virgen del libro del Apocalipsis, lectura en la que Miguel Sánchez, primer evangelista guadalupano, allá por el año 1648, intuye como correspondiente a la virgen del Tepeyac, madre de una nación escogida. López Castro va al encuentro simbólico y literal, pues la entiende luminosa, y bañada de luz, brillante de color, la captura para componer este preciso y precioso ensayo fotográfico.

Impresa de una vez y para siempre en el ayate —material pobre si lo hay—, lo que en verdad llama al asombro es el sentido de apropiación que esta imagen suscita; interpretada y reinterpretada por manos anónimas de corazón henchido, que no se sustraen al imán de sus afectos.